Globethics Repository



Comportamiento de las clases en América Latina [Behavior of classes in Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Waiss, Oscar
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 02:45:38
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222835

NUEVA SOCIEDAD NRO. 18 MAYO-JUNIO 1975, PP. 30-46

*Comportamiento de las clases en América Latina**

Waiss, Oscar

Oscar Waiss: Periodista

* Nota del autor: En el N°. 10 de "Nueva Sociedad" se publicó un interesante estudio de Hugo Zemelman en el que trata de presentar la evolución de los sucesos chilenos a través de un análisis de la lucha de clases y del comportamiento de ellas antes del golpe militar de Pinochet, cuya brutalidad ha conmovido a los círculos civilizados de la humanidad. Si embargo, en dicho trabajo se ignora o subestima la presencia y la conducta de la oligarquía terrateniente, hasta el extremo de llegar, en las conclusiones a considerarla como un estrato de la burguesía nacional, error de concepto que lleva necesariamente a una deformación de la realidad chilena y, en general, latinoamericana - y a una incomprensión de las alternativas que se ofrecen en el plano de las acciones políticas concretas.

"Nueva Sociedad" ofreció, en una nota adicional a ese trabajo, por lo demás bastante valioso, la oportunidad para agregar "aportes" a los temas allí desarrollados. Pienso que una aclaración sobre las correlaciones de fuerzas sociales en el contexto de América Latina puede contribuir eficazmente a los propósitos de dicha revista.

Para muchos sociólogos contemporáneos las clases son "compartimentos estanco" clasificadas y separadas rígidamente; para algunos, en especial los epígonos del conservantismo "outrancista", las clases no existen y son una invención del diablo; el diablo, por supuesto, es Carlos Marx, pese a que se habló de ellas desde los tiempos de Aristóteles; para otros, por fin, todo se reduce a distinguir entre "ricos" y "pobres", dualismo simplificador que elude un análisis espectroscópico de la sociedad y carece de eficacia para un diagnóstico histórico.

El propósito de este trabajo es intentar una profundización panorámica en el ámbito del subcontinente latinoamericano a fin de descubrir las leyes de la sedimentación y traslación de los estratos humanos, entendidos como segmentos de sus conglomerados nacionales, su relación con el contexto universal y sus tendencias inherentes y fundamentales. Las poblaciones de América Latina se han ido plasmando paulatinamente, han obedecido a casualidades externas e internas, han alcanzado estados o formas que conocemos y se orientan hacia soluciones que, en parte también conocemos y, en otra, solamente podemos adivinar, con un buen margen posible de errores o equivocaciones.

Me inclino a pensar que la exégesis conocida ha derivado al esquematismo dogmático - ¡y anticientífico! - o a la nebulosa idealista, debido a una rudimentaria interpretación de los textos más manejados, singularmente el Manifiesto Comunista y la parte final del tercer tomo de "El Capital". Especialmente aquí, donde el autor sólo alcanzó a elaborar un pálido diseño de lo que iba a ser una concepción mucho más amplia, se nutre la limitación estéril de los teóricos del "inmovilismo". Comenzó Marx el capítulo sobre las clases, diciendo: "Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción". Alcanzó a señalar, antes de que la muerte pusiera fin a su tarea, que existía "un infinito desperdigamiento de intereses y posiciones en que la división del trabajo social separa tanto a los obreros como a los capitalistas y a los terratenientes". Ese "infinito desperdigamiento" es, precisamente, uno de los estímulos para este estudio.

La primera dificultad fluye del hecho de que muchas regiones de América Latina no forman parte, precisamente, de la sociedad moderna, sino que evidencian rastros muy definidos de épocas periclitadas en el mundo contemporáneo. Ello guarda relación con supervivencia de zonas donde viven masas aborígenes que conservan modos de producir y tradiciones pretéritas como con la inadaptabilidad del colonizador luso-hispano - originada en su propia metrópoli - para marchar al ritmo impreso en la economía mundial por los avances tecnológicos y científicos que determinaron la descomposición feudal y el surgimiento del capitalismo premonopolista. De aquí provino la polémica, que hemos analizado en otras ocasiones, sobre si esta zona colonial pudo definirse en función del feudalismo o del capitalismo, lo que resulta ocioso - y, en gran medida, hasta el día de hoy - coexisten elementos de uno y otro sistema, sin que nos interesemos siquiera en remontarnos al esclavismo, cuya presencia fue incisiva.

Mientras que en la América sajona se conformó una población "mixta" en que las fusiones raciales constituyeron una odiada excepción, al sur del Río Grande se impuso el "mestizaje" y la heterogeneidad como norma usual; la exiguidad cuantitativa del conquistador ibérico lo llevó a la promiscuidad con las mujeres del continente y hubo zonas, por ejemplo el actual Paraguay, en que cada español tenía diez, veinte o más esposas, con su correspondiente progenie; en México y el Perú surgieron estirpes en que se mezcló la sangre del invasor con la de nobles familias de los grandes imperios, dando origen a castas distinguidas en que se destacaron

muchos de los caudillos de la independencia. El mestizaje latinoamericano, que comprende a blancos, a indios y a negros, no evolucionó uniformemente y mientras Haití es hoy una república casi exclusiva de negros, subsisten grandes conglomerados puramente indígenas - incluso linguísticamente - en Bolivia, Perú, Ecuador y México, a la par que esa presencia casi ha desaparecido en Uruguay, Argentina y Chile. Aunque la raza no determine necesariamente la ubicación clasista, es una realidad pragmática que, por lo general, a medida que se asciende en la escala social se va aclarando el tono de la piel.

Y eso no es todo. Las ciudades latinoamericanas nacieron como un injerto en las estructuras económicas raquíticas y adquirieron dimensiones gigantescas que distorsionaron el crecimiento paralelo y armónico de las zonas rurales y las urbanas. Mientras las tierras eran entregadas en grandes "repartimientos" con sus indios "encomendados", reviviendo los privilegios del feudalismo y dando origen a una debilidad productiva crónica, se formaron las urbes con la burocracia militar y civil, con las jerarquías eclesiásticas, con los traficantes de esclavos y mercancías, con artesanías y manufacturas, con profesores y estudiantes de colegios y universidades, con los primeros emigrados del campo y con la constante inmigración europea. El carácter parasitario de toda economía monoproductora se reflejó en ese aumento desproporcionado de las ciudades del litoral, ubicadas en la periferia del continente y asiento de todo tipo de negociaciones, usuras, especulaciones y desajustes.

Precisamente esos son los dos factores principales que deben tenerse a la vista para comprender los comportamientos colectivos en estos países, fenómeno demasiado complejo para encasillarlo cómodamente en categorías fijas actuando en el plano de sociedades definidas; una interpretación dialéctica exige un máximo rigor para penetrar en el "infinito desperdigamiento de intereses y posiciones" que, en nuestro caso, no sólo abarcan situaciones distintas en los estamentos sociales, sino que formas distintas en la producción, tanto agrícola como industrial, lo que se origina en una tenencia "impuesta" de las tierras y en la radicación prematura de capas intermedias en las grandes urbanizaciones. Nacen así zonas improductivas en el campo y poblaciones ociosas en las ciudades, estructura sostenida por economías débiles basadas en la explotación primaria de uno o dos productos básicos en cada nación, ya sea el café, los plátanos, el petróleo, la carne faenada, el azúcar, el cobre o el cacao.

El predomino de la población urbana es relevante, pero no uniforme, ya que varía según la región que estudiemos. En Argentina alcanza al 78,9%; en Uruguay al

79,9; en Chile al 74,2; y en Venezuela al 74, 9, mientras que en México baja al 58,7; en Brasil al 47,6; en Paraguay al 36,0; en Bolivia al 29,3; y en Haití al 17,3. De ahí que las generalizaciones sobre América Latina a que están tan acostumbrados los tratadistas deben aceptarse con "beneficio de inventario", pues suelen reflejar observaciones parciales y fragmentarias. Si a esto agregamos un desenvolvimiento económico desigual que distancia a países como Brasil, México, Argentina, Venezuela o Chile de las situaciones constatadas en Paraguay, Bolivia, Honduras, Ecuador o Haití, debemos llegar a la conclusión de que las dificultades para un análisis conjunto son múltiples y serias.

Dejando forzosamente de lado la historia misma de la amortización agraria que derivó en el régimen latifundista extendido desde México hasta la Patagonia y penetrando en la espesa selva de sus actuales repercusiones estructurales con la consiguiente relación de las clases involucradas, tenemos que enfrentarnos a tres interrogantes principales: a) peso social y político de la oligarquía terrateniente; b) condiciones de trabajo y características de la población campesina; y, c) presencia, urgencia y consecuencias de las reformas agrarias.

a) Peso social y político de la oligarquía terrateniente. - Durante todo el período colonial los dueños de la tierra dominaron la sociedad y, a través de los vínculos contraídos en las grandes ciudades, donde generalmente fijaron su residencia, manejaron otros negocios, entre ellos la importación de esclavos negros, la explotación de minas, mediante el régimen de la "mita", que les permitía utilizar mano de obra gratuita, el comercio exterior con todas las trabas conocidas y sus derivaciones de contrabando y hasta ciertas manufacturas; miembros conspicuos de esta clase abrazaron la carrera de las armas o practicaron profesiones liberales, singularmente la abogacía. Es lo que observó Mariátegui cuando dijo que la antigua clase feudal se había "camuflado o "disfrazado" de burguesía republicana. Si bien es verdad que durante la Colonia comenzó a formarse una clase burguesa, también lo es que sus grupos se dispersaron en capas de burguesía mercantil, de burguesía profesional, de burguesía industrial y, muy limitadamente, de burguesía agraria, sin integrarse en una "burguesía nacional", con intereses comunes, metas específicas y pensamiento uniforme.

Volviendo a Mariátegui, hay que coincidir con él en que, "enfocada sobre el plano de la historia mundial, la independencia Sudamericana se presenta decidida por las necesidades del desarrollo de la civilización occidental o, mejor dicho, capitalista". La oligarquía terrateniente no se opuso al proceso debido a que los funcionarios de la Corona succionaban las riquezas y acaparaban los ingresos,

dejando sólo un remanente para los avecindados, por lo que liberarse de esos lazos significaba un beneficio; en cambio bloqueó los esfuerzos para federar a las nuevas repúblicas, sueño bolivariano que naufragó en el Congreso de Panamá, primero, y de Tacubaya, después. En este último se pactó una Liga Aduanera Iberoamericana que provocó la inmediata impugnación del Departamento de Estado norteamericano, a cargo en esos años del famoso Adams, que determinó el derrocamiento del gobierno al que pertenecía el canciller mexicano Alamán, patrocinante del proyecto. La oposición de los latifundistas a la unidad latinoamericana derivaba de su conformidad con el "orden" establecido, pues eran ellos los que controlaban el poder y la extensión geográfica podía poner en peligro sus métodos de dominio. Por eso, también, luego de un período inicial de improvisaciones y anarquía, se extendió por el continente la marea conservadora y fueron gobiernos muy estrictos, de esa tendencia, los que marginaron a los elementos liberales, representantes de la burguesía incipiente, desde el año 183O.

La clase terrateniente ha sido la aliada "natural" del capitalismo extranjero, que le ha permitido hacer buenos negocios sin interesarse generalmente en los sistemas de tenencia de la tierra cultivable; la excepcion se encuentra en la explotaciones monòpolicas de de productos como el café , la caña de azucar, los plátanos o el cacao, sobre los que se deja caer el imperialismo con toda su codicia y su brutalidad, sobornando a caudillos y a gobiernos, agobiando a la masa de trinteresarse, generalmente, en los sistemas de tenencia de la tierra cultivable; la excepción se encuentra en las explotaciones monopólicas de productos como el café, la caña de azúabajadores y empobreciendo las frágiles economías regionales; en ocasiones se ha recurrido al "big stick", o sea a la acción directa, desembarcando a los "marines" en Nicaragua, en Cuba, en Santo Domingo o en Haití. Tal conducta no parece molestar a la clase terrateniente y a sus representantes políticos conservadores, hasta el punto de que el Presidente Adolfo Díaz, de Nicaragua, llegó a patrocinar un "mandato" de los Estados Unidos sobre su patria con la condición de que fuera por un plazo no inferior a "cien años prorrogables".

Las dos guerras mundiales contribuyeron a minar el poderío de las oligarquías criollas en la medida misma en que obligaron a desarrollar frentes productivos industriales de "reemplazo", primero, y permanentes, después. Las burguesías nacionales se alzaron, desde la segunda década de este siglo, como clase dominante competidora y fueron reduciendo la hegemonía oligárquica haciendo tambalear el edificio jurídico-político conservador levantado por los terratenientes con el apoyo de los militares y la Iglesia, bajo la forma de gobiernos civiles derechistas o de terrorismos regresivos castrenses. Los latifundistas comenzaron a

sentir que el piso se les movía con la revolución agrarista mexicana de 1910, se enfrentaron a reformas agrarias más o menos drásticas en Guatemala, Venezuela, Bolivia, Perú y Chile, vieron aterrorizados consumarse una revolución agraria en Cuba y, desde 1960 en adelante, intuyen la fatalidad de su derrumbe, condición histórica para mejorar el suministro de alimentos a poblaciones que protagonizan una vertiginosa explosión demográfica.

El comportamiento social de la oligarquía terrateniente, en esta etapa de progresivo debilitamiento, es fácilmente detectable. Mantiene sus lazos con el imperialismo, lo estimula a intervenir en la política interna, sirve de punta de lanza a organismos como la CIA y el Pentágono, prescinde de todo sentimiento "nacional" y se opone a las expropiaciones de los bienes de empresas multinacionales. Su única posibilidad de alianza interior, permanente o transitoria, es con la alta burguesía, especialmente financiera, buscando reducir la participación de la renta nacional. Trata de utilizar a los militares como mercenarios a su servicio, para lo cual se presta la práctica de las "ayudas" bélicas que obliga a los uniformados a viajar a los centros castrenses del imperio y a seguir cursos de instrucción y perfeccionamiento. Persigue, cada vez con menos éxito, movilizar a la Iglesia Católica predominante en estos países, a fin de que condene los movimientos populistas y liberadores, sumándose con el poder del púlpito a la tarea de mantener el orden a cualquier precio, aún el de un baño de sangre. Aunque patrocina, cuando puede, gobiernos civiles de apariencia democrática pero intensamente reaccionarios, lo que se ha observado en Colombia con sus presidentes conservadores, en el Perú del presidente Prado o en Chile con Jorge Alessandri, su desesperación la impele a organizar "cambios" en las injustas estructuras económicas y sociales. En esas circunstancias se colude con los agentes de la CIA y los voceros del imperialismo para presentar a sus engendros totalitarios como expresión del "mundo libre" y ejemplos de una "verdadera" democracia en la cual, por supuesto, no se conocen las elecciones, los parlamentos ni los más elementales derechos humanos.

Esta clase se perfila nítidamente en la sociedad latinoamericana y, sobre su contenido y perspectivas, no pueden abrigarse dudas de ninguna especie; en su trance de extenuación histórica ofrece síntomas de peligrosidad intensa y en ella deben buscarse los orígenes de la mayor y más implacable violencia.

b) Condiciones de trabajo y características de la población campesina. - Contrariamente a la homogeneidad de la clase terrateniente nos encontramos con la heterogeneidad de los trabajadores de la tierra, - sin excepciones notables - lo que desdibuja las

fronteras de clase del campesinado. Durante el siglo XVIII, época en que se asentó la base social que sustituyó al trabajo esclavizado, surgieron las formas más diversas de relación entre los propietarios del agro y la masa laboral; así, en el Río de la Plata, encontramos en los Padrones de la Campaña de Buenos Aires, del año 1744, figurando como residentes en las estancias a esclavos, peones, conchavados, arrendatarios, arrimados, agregados, compadres y familiares, toda una gama marginal que vive, o sobrevive, en el latifundio. En Chile encontramos, por esas mismas fechas, a inquilinos, peones, vivientes, vaqueros, arrendatarios y arrimados. En México aparecen los "ranchos" anexos a las haciendas, las tierras limítrofes arrendadas, los "terrazgueros" que proveen mano de obra y otras categorías de "vivientes". En Nueva Granada tenemos al indio "concertado", al "agregado" que viene de las disueltas comunidades indígenas, a los arrendatarios, los aparceros y otros elementos que trabajan en los campos de las inmensas estancias.

En algunas regiones las comunidades indígenas lograron resistir la avalancha de la conquista y las embestidas de los terratenientes, manteniendo reservas agrícolas y perpetuando formas de producción peculiares. Lo afirmado es particularmente visible en Perú, donde el "ayllu" y su "marka" constituyen aún hoy una realidad económico-social y cuyo estudio se ha descuidado lamentablemente. Mientras en los latifundios permanecieron los indios "mitayos" o colonos, los "pongos" o pastores, los "yanaconas" esclavizados, los concertados y los arrendatarios, se conservaron en el ayllu valiosos contingentes de indios que son la mejor reserva de la revolución peruana. Tal vez sea una de las buenas razones para explicar la conducta del ejército, formado, en su mayor parte, por elementos de esta extracción. En Bolivia se conservó por largo tiempo la "sayaña" administrada por "cajas de comunidad" y, en el norte de Chile, aún subsisten algunas "comunidades" cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Mientras las grandes explotaciones de productos exportables gravitaron en la órbita del capitalismo occidental y cayeron, mayoritariamente, en manos de empresas imperialistas, lo que es muy significativo en la zona tropical y del Caribe, los latifundios propiamente tales dieron origen a una economía de subsistencia, que excluyó los nuevos métodos y las modernas tecnologías necesarias para elevar los rendimientos. Este fenómeno representó un papel decisivo en el retraso nacional y marginó a gran parte de la población campesina de la convivencia social, ya que su pobreza la privó de acceso al mercado de artículos elementales. Para el dueño de la tierra el descenso de la producción solía transformarse,

paradojalmente, en una mayor ganancia, ya que subía el precio de los alimentos y se ahorraba gastos en maquinarias, abonos y mano de obra.

Examinada panorámicamente, la población campesina se nos muestra en diversos estratos, dentro de márgenes notoriamente miserrimos. Existe la pequeña propiedad individual, conocida como "minifundio", trabajada por el propietario y sus familiares, con productividad insignificante; tenemos los arrendatarios y los medieros, que trabajan campos cedidos por los terratenientes, y que deben pagar, en dinero o en cosechas, sumas generalmente exorbitantes, sin contar con la obligación generalizada de suministrar braceros y peones al propietario, que paga salarios muy bajos; los inquilinos que trabajan para el patrón y suelen gozar de regalías consistentes en huertos y terrenos donde mantener algunos animales; los trabajadores de temporada, que son alquilados para períodos determinados y que, luego, quedan entregados a su suerte; no podemos olvidar a los empleados, los capataces, los mayordomos, los administradores y una variable gama de burócratas del agro.

En los ingenios, haciendas, estancias o fundos cuya explotación se hace por grandes empresas, casi siempre foráneas, el campesino carece de toda regalía que no sea el exiguo salario y teóricamente podría asimilarse al obrero que vende su fuerza de trabajo, debiendo observarse que sus condiciones de vida son tan pobres que excluyen la posibilidad de que se integre a una categoría social uniforme y activa. En grandes extensiones geográficas la masa campesina, formada casi exclusivamente por indios, entregada inerme a los abusos de la clase terrateniente, se conserva "sumergida" en un mundo contemporáneo cuyos avances ignora, resultando más lógico considerarla como "pueblo" que como "clase"; un pueblo olvidado, humillado, explotado y sometido, en cuyo seno recién empiezan a germinar las semillas del descontento. En los países donde el dualismo tiende a desaparecer por la mayor trabazón económica lograda por la construcción de carreteras, de puentes, de vías ferroviarias y otros medios de relación entre las regiones, la población campesina "participa" de la vida nacional y llega, como lo veremos a continuación, a movilizarse activamente, determinando el ritmo de procesos agudos y conflictivos.

Estamos asistiendo al espectáculo de la presentación histórica de un campesinado consciente en el escenario latinoamericano. La Colonia, y su perpetuación conservadora, mantuvieron a la población del agro en los límites estrictos de supervivencia, privándola de toda posibilidad de educación y de progreso. Los movimientos nacionalistas y populistas que se sucedieron desde la revolución

mexicana en adelante fueron incorporando a esa masa en el contexto de las inquietudes para imponer cambios estructurales. Así se explican las "repúblicas rojas" de Colombia, los hechos ocurridos en los valles de la Convención y de Lares, en Perú, las milicias campesinas bolivianas, las Ligas Camponesas del Brasil y las federaciones campesinas chilenas. No se trata solamente de enfrentar a los terratenientes para modificar el régimen de tenencia de la tierra, sino que se cuestiona ya al sistema capitalista en su conjunto, a fin de conseguir una redistribución, tanto de la riqueza como del poder. Si bien es variable la profundidad e importancia de estas luchas, es constante la tendencia que se ha venido manifestando en los últimos veinticinco años.

La heterogeneidad campesina se refleja forzosamente en confusión ideológica y política, que va disipándose en la medida misma en que la producción disminuye por agotamiento del sistema latifundista y obliga al resto de la sociedad a "intervenir" en ese frente para detener el empobrecimiento progresivo, que genera presiones y tensiones insoportables. El campesinado se comporta en forma muy similar a las capas medias urbanas, ya que una parte siente temor por las innovaciones que pudieran repercutir en sus ventajas y regalías - cerco, pastaje, huerta, mediería - y otra alienta la esperanza en la propiedad individual de su campo, por lo que las consignas revolucionarias del proletariado industrial y minero caen en el vacío. Los campesinos pobres y el "lumpen" temporario o desubicado aceptan aliarse con los obreros de los sindicatos aunque su grado de conciencia clasista es ínfimo. Este sector es el que ha impulsado las primeras batallas efectivas y es el que puede "arrastrar" al resto a una cooperación real con el pueblo insurgente, tarea impostergable para las direcciones políticas emplazadas y cuya subestimación puede llevar al fracaso. La condición de este entendimiento consiste en la "claridad" de las metas ofrecidas, pues la pasividad de este sector en los momentos decisivos de la catástrofe chilena provino de la indefinición y vaguedad en que se mantuvo la política agraria del gobierno popular.

c) Presencia, urgencia y consecuencias de las reformas agrarias. - La primera "reforma agraria" iniciada en el continente fue la mexicana y en esa revolución fueron los campesinos de Zapata, de Villa y de Obregón, los que sostuvieron la lucha armada; sin embargo, es preciso reconocer que en las primeras décadas se intentó, tímidamente, un reparto de tierras sin ir hacia la liquidación del latifundio y que, por ese pecado original, se terminó en una reforma parcial orientada y administrada por la burguesía nacional.

Fue un idéntico criterio "distribucionista" el que inspiró a los reformadores guatemaltecos en los tiempos de Arévalo y de Arbenz, lo que redujo los alcances de las medidas a una modernización de la agricultura y una variación sustancial de los porcentajes de tenencia de la tierra, cuya importancia innegable no resultó suficiente para un cambio definitivo de las estructuras. El campesinado fue un "recepto" pasivo de beneficios, el proletariado un espectador entusiasta y solamente la burguesía - con la ayuda de intelectuales y tecnólogos - la dinamizadora y organizadora del proceso.

En Bolivia la reforma agraria fue consumada de hecho por los mismos campesinos, ya que el MNR se había despreocupado de agitar banderas agrarias radicales; la presencia activa de milicias campesinas armadas obligó a Paz Estenssoro a enmendar rumbos y patrocinar un proyecto de ley muy avanzado que no hizo otra cosa que consagrar lo que la masa había determinado espontáneamente. Parte del mérito debe atribuirse al espíritu vigente del comunitarismo indígena, emergiendo desde la sumersión original por el estímulo de la conmoción revolucionaria.

El APRA, en el Perú, y Acción Democrática, en Venezuela, partidos populistas que incentivaron los difusos anhelos de la burguesía inferior y las capas intermedias, con algún apoyo de trabajadores de la ciudad y aún del campo, patrocinaron la organización de sindicatos campesinos, alrededor de los años 50, ejemplo imitado en Brasil, en Chile y en El Salvador. La reforma agraria venezolana se limitó a la expropiación de las peores tierras por el Estado, que se las pagó a los latifundistas en buen precio, en ocasiones dos y hasta tres veces el comercial; la chilena, patrocinada por el gobierno demócrata cristiano de Eduardo Frei, fue un poco más allá, pero no resultó mal negocio para los poderosos gamonales que obtuvieron excelentes condiciones en los traspasos; similar es el caso de El Salvador; en Brasil, basta con recordar las palabras del líder agrarista Francisco Juliao, durante una entrevista para "Les Temps Modernes", en Noviembre de 1962: "pido el eterno reposo para esta democracia que engorda tiburones y hambrea al pueblo, otorga excepción de impuestos a los terratenientes y rehusa la tierra al campesino ...". - El gobierno militar peruano de Velasco Alvarado impuso una reforma claramente anti-latifundista y revivió el grito de Tupac Amaru: "campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza", pero sus resultados finales están ligados estrechamente al curso que siga esta experiencia castrense. La Unidad Popular chilena profundizó la reforma freísta pero se demostró incapaz de avanzar hacia una revolución agraria, como la de Cuba, y sus vacilaciones repercutieron seriamente en la movilización campesina, que se mostró muy débil durante los días del golpe militar de Septiembre de 1973.

Conviene subrayar que los cambios en la agricultura latinoamericana están determinados por imperativos nacionales que van más allá de las urgencias de la población atada a la producción agropecuaria, pues la vetusta estructura latifundista conspira contra el progreso común y no sirve para la esencial misión de alimentar a los habitantes. Dice Josué de Castro, en el prefacio del libro "Le Tiers-Monde face aux Pays Riches", de Angelos Angelopoulos, que "las regiones subdesarrolladas son mantenidas en una situación siempre desfavorable por la fuerza de circunstancias políticas e históricas, principalmente el colonialismo político y económico que ha dejado a esas regiones al márgen del proceso de la economía mundial en rápida evolución". Para recobrar el "tiempo-histórico" perdido en razón de la dependencia la burguesía nacional, el proletariado minero e industrial y las capas intermedias, a la par que los campesinos, coinciden en un ataque al sistema de vigencia de la tierra en manos de la oligarquía y esa ofensiva adopta las enseñas de la reforma agraria, incorporándose a los programas, tanto del populismo nacionalista, como del socialismo obrero. Los resultados obtenidos han sido magros - aunque se evidencie un retroceso de la clase terrateniente - debido a que los conductores reformistas - con la excepción presupuestada de Cuba - actúan constreñidos a una mezquina limitación de sus objetivos generales.

Se observa una "superposición" de intereses y de metas entre la subsociedad campesina y las clases proyectadas tras el derrumbe de la estructura agraria vigente, lo que provoca complejas repercusiones en la superestructura política que se expresan diversamente según las peculiaridades de cada país examinado. El proletariado, como clase fundamental, cuestiona al régimen capitalista en su conjunto, y no solamente al régimen del latifundio, por lo que sus metas agrarias no pueden ser redistributivas, sino racionales. La "tierra para el que la trabaja", consigna agitada desde la época de Pancho Villa, encuentra su réplica actual en los propósitos demócrata cristianos de aumentar el número de los pequeños propietarios individuales, germen de una burguesía agraria renaciente, y ellos despiertan indudablemente eco en vastos sectores campesinos, - arrendatarios, medieros, colonos, asentados - que desean asegurar su posición favorecida en lo que respecta a la gran masa de inquilinos, peones, temporeros y jornaleros. Es la burguesía la que ha diseñado y conducido las reformas agrarias impuestas hasta hoy y ello explica sus limitaciones innegables, pese a que han modificado las condiciones del latifundio e impactado en la clase terrateniente, sin conseguir una mejoría sustancial en los porcentajes de producción, salvo en México, en Guatemala y en Perú. O sea, ese tipo de reforma agraria que "respeta" legalismos anacrónicos y acarrea desembolsos fiscales excesivos, no ha logrado empíricamente

acortar la distancia que separa a nuestra agricultura de las florecientes en países más avanzados.

Esto se traduce en una radicalización de los planteamientos del proletariado y en una paralela "politización" del campesinado, que ya no se limita a organizarse en sindicatos y federaciones, sino que recurre a la "toma" de tierras, fenómeno común en Colombia, Perú, Chile, Bolivia y Brasil. Ha faltado la respuesta oportuna a tales impulsos que suelen resultar castrados por la acción estatal, creando un clima de impotencia y de frustración. Para los trabajadores de la ciudad y para un gran sector campesino la reforma agraria no puede ser meramente "distributiva", por el contenido regresivo inherente a tal política, sino "integral", abarcando la orientación de unidades productivas y un mejoramiento concreto de las condiciones de trabajo y de vida de la población ligada a esas labores. La reforma agraria tendera a tomar las formas de una revolución agraria, integrada a un proceso total de cambios en la estructura del capitalismo, a través del cual se acercarán, y luego se confundirán, los obreros de la ciudad y los del campo. Esta "dirección" histórica se expresará por medio de la participación cada vez mayor de la masa laboral agraria en las luchas populares y por el carácter cada vez más "activo" de esa intervención. Esa "integración" social es el requisito indispensable para que nuestros pueblos aspiren a superar la actual etapa de sometimiento y de estancamiento, a fin de vencer al subdesarrollo y la miseria.

El campesinado no se comportará como clase social, por la sencilla razón de que no ha alcanzado, en América Latina, la homogeneidad mínima que define a una clase social; en todo caso, no ha ascendido en conjunto a la condición de una clase "para sí"; los obreros del campo darán la tónica revolucionaria y concertarán alianzas con los obreros de la ciudad y, a través de ellos, con otras capas oprimidas o descontentas; acaudillarán, también, movimientos reivindicativos en las zonas agrícolas, que podrán llegar a tener proporciones considerables. Pero el resto de la población campesina procurará frenar esos impulsos, fluctuará entre la izquierda y el centro, contemporizará y transará con la burguesía, porque sus intereses corresponden a relaciones de propiedad y a formas de producción anacrónicas heredadas directamente del colonialismo y conservadas por los gobiernos oligárquicos. En buenas cuentas, ese sector de la población campesina actuará de manera similar a los capas medias urbanas y constituye la gran reserva de los partidos populistas o de los mesianismos castrenses. Ganarse su voluntad no es imposible, pero ello se logrará únicamente con un programa agrario concreto y claro que asegure el "destino" de la actividad productiva agropecuaria y, en consecuencia, el destino colectivo de los que laboran en ese frente.

Pensar en que dentro de la población campesina no se expresa la lucha de clases es el fruto de una "idealización" antidialéctica. Y en América Latina, donde las fronteras de clase suelen ser inciertas, por su lenta incorporación al dinamismo de la economía mundial, la dispersión resultante es mucho más notoria.

Así como la población agraria nos enfrentó a tres interrogantes sustanciales, la población urbana nos plantea, también, diversos problemas, no resueltos ni aclarados suficientemente. Ellos podrían sintetizarse así: a).- Peso social y político de la burguesía nacional; b).- Desarrollo y conciencia de la clase obrera; y c).- Gravitación, contenido y extensión de las capas medias.

a) Peso social y político de la burguesía nacional. - Marx definió a los burgueses como "propietarios de capital", cuya fuente a de ingreso es la "ganancia"; en el mundo contemporáneo ese capital puede consistir, no solamente en dinero, maquinarias o herramientas, sino que en títulos profesionales, jerarquías castrenses o influencias de diversa índole, y la "ganancia" suele provenir mayormente de especulaciones que de fabricación o venta de mercancías. Por eso al hablar de burguesía englobamos a individuos cuyos ingresos provienen de diversas fuentes, y podemos hablar de burguesía comercial, de burguesía financiera, de burguesía industrial, de burguesía profesional o de burguesía agraria, que, en conjunto, integran la "burguesía nacional".

Se acostumbra dar el nombre de "pequeña burguesía" a un sector compuesto, principalmente, por artesanos y comerciantes minoristas, término que eliminaré en este trabajo por considerarlo impropio y vago. El artesano pertenece al proletariado cuando sus instalaciones o instrumentos son de escaso valor y a la burguesía cuando esos medios le permiten ingresos apreciables; por su nivel de vida se incluye en lo que unos llaman "clase media" y que nosotros preferimos designar como capas medias, o capas intermedias, o sea la vasta es gama de empleados, funcionarios, militares, intermediarios, profesionales medianos y técnicos y otros elementos que pululan entre la clase burguesa propiamente tal y la típica clase obrera. El comerciante minorista, cuando atiende él mismo su negocio o cuenta con una ayuda elemental, forma parte también de las capas medias, pero cuando emplea a varios dependientes y obtiene fuertes ganancias, ingresa con todo derecho a la burguesía. Lo mismo vale para los demás segmentos a los que se suele involucrar en esa calificación de "pequeña burguesía".

El crecimiento "prematuro" de las grandes urbes latinoamericanas facilitó el surgimiento de una burguesía "larvada" que no era sino la prolongación, en los

planos del comercio, de las profesiones o de las manufacturas, de la vieja oligarquía terrateniente, algunos de cuyos derivados familiares se establecían para usar los capitales acumulados por la explotación agrícola o minera. Esos estamentos burgueses no formaron una clase rival de la oligarquía hasta que se desarrolló una industria más o menos importante, cuyas élites aglutinaron a los otros componentes para constituir propiamente una "burguesía nacional". Esta nueva clase cobra relieve en la segunda mitad del siglo XIX y se convierte en factor determinante desde comienzos de este siglo, lo que se expresa en la revolución mexicana, en la agitación encabezada por Arturo Alessandri el año 20, en Chile, con la subida de Irigoyen a la presidencia de Argentina, el año 1916, con la aparición de tendencias modernizadoras y populistas al estilo del APRA peruana y en múltiples demostraciones de disputa por el poder, hasta entonces monopolizado por la oligarquía de la tierra.

En la América precolombina no existieron grandes ciudades y ninguna debió superar los 100.000 habitantes, pese a las descripciones exageradas de los conquistadores. La desintegración de la economía y de las sociedades indígenas se produjo en un lapso de pocas décadas y la hipertrofia de las urbes reflejó un dualismo progresivo que dividió a los habitantes de esta región en dos sociedades paralelas de niveles absolutamente distanciados. Así se desarrollaron los puertos que servían para los contactos con Europa o con Asia, como Acapulco, Veracruz, Cartagena, El Callao, Valparaiso, Buenos Aires, Bahía, La Habana y otros y crecieron las ciudades de Lima, México, Santiago, Bogotá, Caracas, Río de Janeiro, Montevideo y muchas más. El crecimiento demográfico se incrementó con la inmigración europea que adquirió un volumen impresionante a partir de 1860 en Argentina, Uruguay y el sur del Brasil, prosiguiendo luego en Cuba, en Chile, en Costa Rica, en México y, prácticamente, en todo el continente.

Fue así como las grandes ciudades y capitales latinoamericanas, cuya población resultaba ya exagerada durante el periodo colonial y las primeras décadas de la independencia, pasaron a convertirse en monstruos urbanos que crecían en proporción desmesurada respecto de la potencialidad económica de cada nación. Sao Paulo, por ejemplo, subía de 240.000 habitantes en 1900 a 3.400.000 en 1960; Montevideo, Córdova, Buenos Aires y Bahía Blanca triplicaron su población en veinte años; Caracas, Bogotá, Santiago, Lima, México, Guayaquil seguían un curso paralelo. En todas ellas y en muchos centros urbanos más se levantaron rascacielos de hierro, cemento y vidrio, surgieron barrios residenciales, se estructuraron zonas industriales con una gran variedad de fábricas y establecimientos, construyeron teatros, cinematógrafos, hospitales, hoteles de lujo pero, también, brotaron alrededor de ellos las poblaciones "callampa", las villas "miseria", las inmundas

"favelas" y todo un conglomerado de viviendas insalubres, sin agua potable, sin alcantarillado, sin luz eléctrica, sin calles ni calzadas, albergando a centenas de miles de ciudadanos marginados de trabajo estable, subsistiendo precariamente gracias a la mendicidad, la delincuencia, alguna faena ocasional o la ayuda de parientes apenas menos pobres que ellos. Así como en los campos la dualidad cobró caracteres dramáticos si se comparan los niveles de vida de los grandes propietarios y de los peones o inquilinos más desamparados, en las ciudades se constataron distancias abismales - y se siguen constatando - entre la forma de vida de los burgueses y aún de las capas medias, con el oscuro submundo del lumpen.

El desnivel no presenta, sin embargo, rasgos absolutos y resulta perceptible la presencia en esos conglomerados precarios de obreros no calificados, con salarios de hambre, de miembros inferiores del ejército o de la policía, cuyos ingresos son exiguos, de individuos que gozan de "subempleos" miserables y aún de trabajadores "normales" de la industria, cuyo margen de remuneraciones suele mantenerse en una escala bajísima. Una parte, pues, de la población marginal, puede clasificarse, desde un punto de vista de clase, en estratos definidos.

Los impulsos de la industrialización, fácilmente perceptibles en la época de las dos guerras mundiales, significaron simultáneamente el crecimiento demográfico urbano. Resulta curioso anotar que la inversión imperialista se vuelca principalmente a los rubros de la minería, la gran explotación agropecuaria y los servicios públicos; en 1950, fecha muy crucial en el continente, el 75% del capital norteamericano privado en esta región estaba invertido en esas direcciones mientras que solamente el 16% correspondía a las industrias manufactureras, lo que contrasta con las inversiones de ese mismo capital en Canadá o en Europa, donde las manufacturas recibían en esa misma fecha el 50% o más y las industrias primarias sólo una cuarta parte. A medida que los servicios públicos resultaron menos rentables, el imperialismo los fue "cediendo" a los Estados, que se hicieron cargo de los malos negocios en ferrocarriles, electricidad, teléfonos, gas y otros; algunos países lograron desarrollar ciertas líneas importantes que se escaparon a la voracidad del imperio, a través de empresas estatales, en los ramos del acero, del azúcar, del papel o de los transportes; desde la nacionalización del petróleo en México, el año 1938 se han evidenciado drásticas resoluciones similares con el estaño boliviano, el petróleo peruano o el cobre chileno. mientras políticas un poco más prudentes, pero de la misma orientación, afloraban en Guatemala, Venezuela, Brasil, Argentina y Uruguay. Todo esto no hubiera sido posible sin desplazamientos de clase en los gobiernos latinoamericanos relacionados con el fortalecimiento de las burguesías nacionales estimuladas por el desarrollo de la

industria manufacturera que ha llegado a representar, en los países mayores, una proporción importante de la producción total.

Las necesidades de expansión de las manufacturas han revivido los viejos anhelos de unión o federación continentales, barriendo con la farsa del "panamericanismo" montada por los Estados Unidos y convirtiendo a la OEA en una pantomima secundaria, para dinamizar proyectos de integración como los de la ALALC o los mercados centroamericano y andino. Las burguesías nacionales encuentran, en esta forma, puntos de contacto con arraigadas tendencias de estos pueblos e incorporan a sus programas puntos de vista progresistas, y hasta populistas.

En su expresión política, las burguesías nacionales presentan dos modalidades fundamentales, según sea el grado de urgencia en obtener el apoyo de las masas, para desplazar definitivamente a la oligarquía conservadora que frena las posibilidades de un desenvolvimiento dinámico de la economía. Una de ellas es el juego electoral a través de los partidos liberales, radicales o democráticos, que ha sido el caso típico en el cono sur - Argentina, Chile, Uruguay - y que también se ha observado periódicamente en Colombia, Brasil, Costa Rica y Ecuador, lo que lleva a estabilizar "democracias institucionalizadas" siempre tambaleantes por su débil base económica y social. La otra es la agitación nacionalista que se encarna en movimientos y gobiernos "populistas", - APRA, Acción Democrática, frentes populares, justicialismo, getulismo - cuya vigencia permanece mientras el pueblo - esencialmente la clase obrera - conserva las ilusiones y las esperanzas, desvanecidas más o menos rápidamente por el "desgaste" de combinaciones híbridas y policlasistas que se demuestran incapaces para emprender cambios estructurales básicos. Esos movimientos y gobiernos, aunque logren algunas metas históricamente impostergables, pierden la confianza de las capas medias, generalmente por el agudo ritmo inflacionario, dejando el campo a los "terrorismos regresivos" castrenses, sostenidos a la vez por las oligarquías y las empresas multinacionales que tratan de sacar la castaña de las ganancias con lo mano del gato militar.

Cuando las burguesías nacionales recurren al juego del populismo nacionalista se ven sobrepasadas por el empuje de los trabajadores y retroceden aterrorizadas buscando también el aporte de las fuerzas armadas, cuyos lazos con el imperialismo derivan de contactos permanentes a través de las adquisiciones de armamentos, la ayuda militar y las escuelas de adiestramiento; sin embargo, las presiones nacionales para el desarrollo industrial y el hecho de que los ejércitos están formados por una base obrera y campesina y una oficialidad mesocrática o

burguesa, provocan oscilaciones importantes que han llevado en países como Bolivia y Perú a períodos de "militarismo populista" y en otros, como Argentina, Venezuela o Guatemala, a intervenciones ocasionales que chocaron con los intereses de la oligarquía. Aún en Brasil, los militares muestran síntomas de evolución nacionalista, luego de un largo período de incondicional sometimiento. Sólo en Chile las fuerzas armadas han elegido el camino de los retrocesos económicos impuestos por la clase terrateniente lo que resultará insostenible, no sólo por el daño que se infiere a los sectores asalariados, sino por la oposición de la burguesía comercial e industrial.

b) Desarrollo y conciencia de la clase obrera. - Así como distinguimos en la burguesía nacional a segmentos de la industria, el comercio, las finanzas o las profesiones, podemos diferenciar en el seno del proletariado a los conjuntos de obreros de la industria, de las minas y del campo. Y, en la misma forma en que el crecimiento de la manufactura y la fábrica dio origen a una burguesía industrial que conformó con los otros grupos la "burguesía nacional", clase dominante activa que ocupó su lugar en la lucha por el poder, el reforzamiento cuantitativo del proletariado industrial resultó determinante para aglutinar a toda la clase obrera, conferirle organización y solidificar su conciencia de clase.

En Uruguay, el número de establecimientos fabriles pasa entre 1930 y 1960 de 7.116 a 27.642 y los trabajadores ocupados en ellos de 77.588 a 207.204. - En Río da Janeiro las 1.500 fábricas de 1920 se transforman en 5.700 el año 1950 y los obreros ocupados pasan de 56.000 a 170.000. En la ciudad industrial de Sao Paulo, el año 1960, de 3.400.000 habitantes, más de 500.000 eran proletarios. En Argentina, con un ritmo algo lento, el número de trabajadores de la industria subió entre 1914 y 1939 de 383.000 a 700.000, pero posteriormente adquirió una velocidad impresionante. En México la industria manufacturera creció en forma vertiginosa durante la Segunda Guerra Mundial y eso provocó una modificación sustancial en sus porcentajes de población activa. En Chile, donde el proletariado minero fue siempre muy numeroso, el obrero de manufactura llegó a representar en 1952 el 19% de la población activa, con 409.000 trabajadores.

La vigorosa inmigración europea a que ya nos hemos referido originó una deformación ideológica consistente en la adopción de programas "postizos" que no reflejaban correctamente los problemas latinoamericanos ni ofrecían respuestas concretas al cuestionamiento económico y social planteado por la clase obrera y por el resto del pueblo. Las primeras expresiones políticas de los trabajadores latinoamericanos tuvieron, pues, tintes anarquistas, socialdemócratas y, luego,

comunistas; el anarquismo se fue desvaneciendo en función de su habitual incapacidad organizativa y sólo sobrevivieron las formaciones marxistas; los partidos socialdemócratas no lograron nunca convertirse en movimientos decisivos y llegaron a tener una significación secundaria en el río de la Plata y en Brasil; solamente el Partido Socialista de Chile, que desde su fundación en 1933 evitó comprometerse con la Segunda Internacional, logró una gravitación importante en la política nacional. En cuanto a los partidos comunistas, acusaron su presencia en todas partes, pero hasta la década del 30 fueron solamente grupos de agitación reducidos, adquiriendo luego mayor volumen en países como Guatemala, Argentina, Uruguay, Brasil y Chile. Otras tendencias, como el trotskismo o el maoísmo, se han evidenciado en ocasiones sin alterar el contexto señalado. La clase obrera se ha movilizado con mayor energía bajo banderas policlasistas como las enarboladas por el peronismo, el getulismo, el aprismo y otros movimientos populistas, que dentro de las filas de sus partidos específicos, por un "instinto" de clase que distingue entre las posibilidades y las consignas, aunque las formaciones "artificiales" concluyan fatalmente en la derrota y la frustración.

Otra manifestación social de la clase obrera es el sindicalismo, que aglomera a los trabajadores de cada sector para defender sus condiciones de trabajo. La organización sindical latinoamericana ha progresado en este siglo de conformidad a tres modelos diferentes: 1).- Sindicatos y Federaciones impulsadas directamente por el Estado, sin participación orientadora de los trabajadores, caso evidenciado en Brasil durante el "Estado Novo", o con alguna presión de la masa, lo que se observó en el México de Obregón; 2).- Organizaciones surgidas al calor de luchas populares confusas frecuentemente estimuladas por la presencia militar, situación que ha sido clara en Venezuela y en Argentina ; y, 3).- Sindicatos y centrales organizadas directamente por los trabajadores, en forma independiente y como resultado de sus propias luchas, que es el ejemplo de Chile. Sin embargo, en todos los casos, no tardan en presentarse las tendencias ideológicas y políticas, fragmentando a los gremios y sindicatos. Las conquistas, consagradas en la legislación positiva, han resultado, a veces, de la "anticipación" de gobernantes burgueses que salen al encuentro de las reivindicaciones obreras y, otras, de vigorosos enfrentamientos que hacen temblar las frágiles estructuras.

En Brasil el sindicalismo fue extraído del caos por Getulio Vargas en 1937; en Argentina, entre los años 1943 y 1945, Perón alimentó un movimiento que adquirió contornos arrolladores; en Venezuela, después de la caída de la tiranía de Gómez, la constitución de 1936 reconoció los derechos de los asalariados; en México la legislación obrera brotó de las disposiciones de la Constitución de 1917 y en Chile

el Código del Trabajo fue impuesto por el presidente Arturo Alessandri Palma, elegido en 1920. Paradojalmente, los sindicatos "legales" fueron resistidos por muchos años, pues los obreros más avanzados recelaron de la intromisión estatal en sus organizaciones de clase.

En la segunda mitad del siglo XX grandes sectores proletarios se han radicalizado y su conciencia ha madurado velozmente; ello se debe primordialmente a que el desarrollo cuantitativo de esta clase la hace pesar cada vez más en los destinos colectivos, convirtiéndola en un factor determinante de las resoluciones nacionales, sin cuya participación dinámica no resulta posible ninguna política a largo plazo; pero no puede subestimarse la influencia de acontecimientos tan definitivos como la consolidación de una revolución socialista en Cuba, la lucha armada de grupos guerrilleros en una gran cantidad de países del continente y las dramáticas experiencias del "camino chileno".

Debemos insistir en que el comportamiento de los obreros latinoamericanos no resulta ni simultáneo, ni coincidente, por lo que su "conciencia de clase" es inmadura, su conducta común desordenada y su base social heterogénea. Existen sectores económicamente favorecidos, muchas veces en situación de los trabajadores del petróleo, labores explotadas por el capital foráneo, en Venezuela, del cobre, en Chile o del estaño, en Bolivia, por supuesto antes de las nacionalizaciones, pero cuyos efectos se han prolongado hasta hoy; dichos segmentos de la clase obrera reaccionan negativamente a muchos requerimientos populares y son, en este sentido, "conservadores", deslizándose insensiblemente hacia la derecha del movimiento sindical y político. Los obreros de la industria liviana, textiles, calzado, alimentación, metalúrgicos y otros, forman la vanguardia urbana de las luchas revolucionarias del pueblo y enfocan, no solamente las reivindicaciones económicas inmediatas, sino que la realidad nacional en su conjunto, exigiendo cambios profundos de la estructura. Los obreros del agro, generalmente analfabetos o de rudimentaria educación, con salarios insuficientes para el mantenimiento del grupo familiar, no alcanzan los niveles de combatividad de sus compañeros de la industria urbana, pero su relación cada vez más frecuente con ellos va acentuando su "politización" y convirtiéndolos en actores del drama social contemporáneo.

Lo real es que, en la segunda mitad de este siglo y, particularmente, desde 1960 en adelante, sectores cada vez más amplios de la clase obrera abandonan las ilusiones "economicistas" en la lucha sindical y desconfían de los programas "populistas" propuestos por los movimientos burgueses de izquierda o anunciados por líderes

mesiánicos militares o civiles, para cuestionar al sistema capitalista, presionar por cambios estructurales y consumar una revolución socialista. Se convierten así en el "núcleo" central de una reagrupación de los sectores pobres y desposeídos, potencialmente capaz de cargar la balanza en la correlación de las fuerzas en pugna.

c) Gravitación, contenido y extensión de las capas medias. - Las grandes urbes del continente atrajeron, desde los tiempos de la Colonia, contingentes inubicados en los esquemas de la economía, flotando entre el bienestar de los "elegidos" la miseria de los "condenados"; esas capas no forman parte de la burguesía nacional, porque carecen de capital apreciable y tampoco tienen acceso al círculo de las especulaciones o de las influencias y no pueden clasificarse dentro de la clase obrera ya que, si bien venden su "fuerza de trabajo" como único medio de ingresos, por su educación, su forma de vida y sus aspiraciones no "encajan" en las filas del proletariado, pese a la heterogeneidad a la que nos hemos referido.

Incorporamos en este concepto a la burocracia civil y militar, salvo en las cumbres eminentemente burguesas, a los empleados de la industria y del comercio, con la excepción general de los ejecutivos, a los profesionales comunes, a la mayor parte de los artesanos y de los minoristas, a los técnicos y a toda una vasta gama de la población que se extiende entre los estratos de la burguesía nacional de ingresos estables y los sectores obreros más calificados. Incluimos, también, a la población campesina ubicada entre el gran propietario rural y el trabajador asalariado, o sea los arrendatarios, colonos, parceleros, medieros, administradores, mayordomos y otros que ofrecen un cuadro compatible con sus similares de la ciudad.

Hemos elegido la denominación de "capas medias", porque todo este conjunto no forma, precisamente, una "clase", en que los "intereses" decidan, en definitiva, el surgimiento de una "conciencia". Los individuos en las capas medias "oscilan" constantemente y, como consecuencia de las debilidades crónicas de estas sociedades, que generan periódicamente fenómenos de desempleo, de inflación y de mercado negro, se ven violentamente "impelidos" hacia arriba o hacia abajo, en dirección a las satisfacciones de la burguesía o arrastrados a la vicisitudes del proletariado, caldo de cultivo de ideologías dispares forjadas en el seno de las clases propiamente tales. Además si analizamos la distribución del ingreso nacional llegamos a la conclusión de que en América Latina las capas medias obtienen una parte reducida por lo que no puede compararse su estabilidad con los grupos medios de países como Francia, Estados Unidos, República Federal de Alemania y demás naciones capitalistas avanzadas. En un "contexto de pobreza

extrema" las capas medias resultan, al fin y a la postre, parasitarias y, aunque se hayan convertido por su aumento cuantitativo en un factor determinante de "la estructura de poder", no tienen en sus manos el destino nacional sino que están condenadas a volcarse en los cauces abiertos por los otros sectores de la sociedad.

Lo afirmado es particularmente exacto en el plano de la burocracia administrativa y de la organización castrense, cuyas dimensiones resultan insoportables y exageradas para la totalidad de las naciones del continente, con características de especial gravedad en países como Argentina, Uruguay, México, Brasil y Chile. La aspiración de un "gobierno barato", que evite la elefantiasis funcionaria, los desmesurados gastos militares, la frondosidad diplomática, los inútiles y costosos viajes al extranjero de los jerarcas y otros despilfarros comparables, se suman ya al acervo nacional.

Ninguna región del mundo tiene la acelerada tasa de urbanización de América Latina, lo que hace crecer la población de las ciudades de acuerdo a porcentajes que son de 2,53% en Argentina; 3,18 % en Chile; 6,40 % en Venezuela; 5,41 % en Ecuador; y 5,67 % en Brasil; en este último país, en la década del 70, deben absorberse 27.655.000 habitantes urbanos nuevos. Esta urbanización se produce sin que paralelamente se desarrolle la industria liviana y con una industria pesada insignificante por lo que los Estados no pueden proveer de trabajo a los millones de nuevos ciudadanos que incrementan anualmente la población. Por mucho que se aumenten las plantas de la administración pública, prolifere el comercio o se incentive la construcción, no habrá empleos suficientes y la "inseguridad" de las capas medias se agudizará hasta límites incalculables en términos de comportamiento social. De ahí que adquiera relevancia la afirmación de Jacques Chonchol en un trabajo titulado "Perspectivas de la integración social de América Latina" (América 70, compilado por Carlos Naudon) que presenta este dilema: "O América Latina se desarrolla rápidamente en lo económico, posibilitando el desenvolvimiento de un sistema político y social democrático, o políticamente no tiene sino dos soluciones: ir a regímenes autoritarios regresivos, o ir a revoluciones violentas, que permitan realizar los cambios estructurales fundamentales y acelerar el desarrollo a pesar de todos los costos sociales y políticos que estas revoluciones impliquen".

Muchos sociólogos y teóricos prescinden de la elemental apreciación de las "posibilidades" de estas capas medias en naciones tan débiles y pobres como las nuestras, olvidando que los terrorismos regresivos no pueden, ni aún en su fase inicial, ofrecerles perspectivas de mejoramiento o condiciones de seguridad, por lo

que no es justo hablar de "fascismo", ni aún agregándole el apellido "colonial", pues este sector medio no se muestra inclinado a participar en la experiencia totalitaria ni a dinamizarla en formaciones paramilitares o marchas victoriosas. Por esa razón, si se observa el Cuadro Anexo, no damos como modelo político para las capas medias ese tipo de tiranías criollas y, en cambio, sí incluimos su expresión formal en la guerrilla urbana o rural anticapitalista, porque ella suele estar dirigida, inspirada e integrada por intelectuales, estudiantes o profesionales de izquierda.

ANEXOS , Clases y tendencias

Clases Sociales	*Apoyos y alianzas*	*Metas*	*Expresión formal*	*Modelo político*
Oligarquía terrateniente	Apoyo: Imperialismo. Alianzas:Ocasionales con la alta burguesía.	Conservación del latifundio. Libre Empresa de represión del movimiento obrero. Garantías al capital extranjero.	a)Partidos conservadores, civilistas o derechistas. b)Agrupaciones totalitarias armadas.	a)Gobierno conservadores. b)Terrorismos regresivos.
Burguesía nacional (industrial, comercial, profesional, financiera y agraria)	Apoyo: Frecuente del imperialismo. Alianzas: Capas medias.Ocasional la clase terrateniente o el proletariado.	Desarrollo industrial. Reforma agraria. integración regional. Capitalismo de estado.	a)Partidos liberales, radicales o demócrata-cristianos. b)Movimientos nacionalistas, progresistas o populares.	a)Democracias institucionalizadas. b)Populismos nacionales.
Clase obrera (industrial, minera y del agro)	Apoyo:Países socialistas. Alianzas: Capas medias y, ocasionalmente, la burguesía.	Revolución agraria. Nacionalización sin indemnización de las riquezas. Area social de la economía. Cambio total de las estructuras.	a)Partidos socialistas, comunistas, u obreros. b)Organización sindical y gremial. c)Guerrilla rural o urbana.	a)Gobiernos socialistas revolucionarios. b)Populismos nacionales avanzados.
Capas medias	Apoyo:Según la clase con que se alía. Alianzas: Burguesía	Modernización del país. Reforma agraria. Nacionalización con indemnización.	a)Movimientos nacionalistas, progresistas o populares. b)Partidos	a)Populismos nacionales. b)gobiernos militares progresistas.

Clases Sociales	*Apoyos y alianzas*	*Metas*	*Expresión formal*	*Modelo político*
Oligarquía terrateniente	Apoyo: Imperialismo. Alianzas:Ocasionales con la alta burguesía.	Conservación del latifundio. Libre Empresa de represión del movimiento obrero. Garantías al capital extranjero.	a)Partidos conservadores, civilistas o derechistas. b)Agrupaciones totalitarias armadas.	a)Gobierno conservadores. b)Terrorismos regresivos.
	nacional y, ocasionalmente, clase obrera.	Educación amplia y laica.	radicales o demócrata-cristianos. c)Guerrilla rural o urbana.	

Las posibilidades de supervivencia para las capas medias radican en dos hechos concretos: 1) Expansión y racionalización de las actividades productivas urbanas y de la producción agropecuaria (en el Cuadro Anexo se indica "modernización del país") y, 2) Régimen de seguridad social resguardando los derechos laborales y previsionales. Es así cómo se antagonizan claramente a la oligarquía latifundista y, según los vaivenes de la política contingente, se inclinan a sostener las democracias burguesas avanzadas que asumen tonalidades populistas, aliándose con la burguesía nacional que se encuentra en ese "trance" o se suman a las acciones del proletariado, interesadas en la reforma agraria y en los "cambios" estructurales. En el proceso de la industrialización las capas medias coinciden históricamente con la burguesía - y también con el proletariado - procurando una mayor autonomía nacional e integraciones regionales que amplíen los mercados, contrariando los propósitos monopolizadores de las empresas multinacionales. En el resguardo de los derechos laborales y de la seguridad social suelen, en cambio, chocar frontalmente con los empresarios privados que defienden su cuota en la distribución de la renta del país y se niegan a ceder mayores porcentajes a los empleados, profesionales y técnicos. Fue característico el "agotamiento" del justicialismo argentino cuando ya no se pudo otorgar nuevos beneficios a los asalariados, lo que motivó su derrota sin que hubiera más de una resistencia "simbólica"; parecidos epílogos tuvieron Rojas Pinilla, en Colombia; el MNR, en Bolivia; Belaúnde Terry, en Perú; Jacobo Arbenz, en Guatemala; Bosch en Santo Domingo y, guardando las distancias, la Unidad Popular, en Chile. No lucharon los trabajadores ni se movilizaron las capas medias, porque los partidos y los líderes no les dieron la sensación de poseer la capacidad necesaria como para "asegurarles" un standard vital adecuado. En lo que se refiere a las capas medias

ellas retornan a una virtual "apatía" que las torna pasivas, aptas nuevamente para la "colonización" ideológica, en espera de nuevas y mejores "oportunidades" o "coyunturas".

Las capas medias se han visto impelidas a desempeñarse como intermediarias en los compromisos políticos de los otros sectores sociales y ha llegado paulatinamente, a expresar una cierta cohesión en sus aspiraciones, consistentes en promover el desarrollo económico, extender la educación, estimular la industrialización, buscar expedientes normales para nacionalizar las riquezas básicas, propender al intervencionismo estatal y perfeccionar la legislación laboral protectora. Sus intervenciones como "centros de poder" se han reflejado en avances concretos y en lazos múltiples con el resto de la población que vive de rentas fijas, lo que ya resulta difícil olvidar. De la evaluación de estos compromisos y de la profundización de estos contactos depende el carácter, la intensidad y el ritmo de los próximos procesos reformistas o revolucionarios en el continente.